

# DISCURSO DE PILAR PRIMO DE RIVERA

GRANADA ENERO 1942



## CAMARADAS :

Sea la primera voz que se levante en este Consejo, para honra de la División Azul, gloria de nuestra Falange, que en la batalla del Mundo ha puesto su nota española, heroica y acorde con la gloria del Ejército alemán y de los más importantes Ejércitos del Mundo. Y es porque en esta hora en que apunta una nueva civilización no podía faltar la presencia católica y universal de España.

Pero mientras más cosas nos aten al destino de España, más a fondo tenemos que sentir la responsabilidad de servirlo las que por designio del Caudillo hayamos venido a ocupar puestos directores.

Así, pues, tenemos que disponernos a salir al encuentro de esta nueva etapa histórica que se nos presenta y preparar una generación que sepa servirla y le dé continuidad.

Claro que mal podemos enseñar a nadie ese servicio si nosotras antes no lo hemos aprendido debidamente, y aunque sea machacar sobre lo mismo todos los años, os diré que sólo la preparación y el control absoluto de las Jefes nos dará una seguridad de que eso vamos a conseguir. Y entre todas las Jefes, vosotras sois las primeras.

Por eso el mayor rigor tenemos que ponerlo en conseguir que vuestra conducta y vuestras reacciones sean absolutamente falangistas. Que si es mayor la confianza que en vosotras hemos puesto al entregaros el mando de una provincia, mayor es también la responsabilidad que os exigimos, y lo que a una afiliada cualquiera le pasamos por alto, a vosotras no os lo pasaremos.

Con eso no quiero decir que estemos descontentas de vosotras; por el contrario, de año en año se nota cómo se asienta y va tomando cuerpo la Organización de la Sección Femenina, debido a que vosotras, como nos dijo JOSE ANTONIO en Don Benito, puestas a escoger entre el egoísmo y la abnegación, habéis aceptado, como él quería, «una vida de sumisión, de servicio, de ofrenda abnegada a una tarea».

Pero esta tarea requiere de nosotras una constancia a prueba de desalientos y una conducta en la que ni la más mínima maledicencia pueda mezclarse. No porque le tengamos miedo al qué dirán de las gentes, que nos tiene sin cuidado, entre otras cosas porque para nosotras no hay más gente que la gente de la Falange, sino por nuestra propia alegría interior de sabernos cumplidas en el servicio de Dios y de la Patria, y porque no hay mejor enseñanza que la del ejemplo, sobre todo para nosotras las mujeres, que generalmente somos tan torpes de palabra.

Bien: pues yéndonos al grano, que pierde el tiempo el que se anda por las ramas, yo quisiera que este Consejo se marcara en vosotras por un total acoplamiento de vuestra conducta al modo de ser de la Falange, que, una vez conseguido esto, encontraréis tan completa vuestra vida que ya no habrá en ella ni un solo punto

vacío, y así será más perfecto el servicio de la Falange, servicio que por vuestra propia y libre voluntad habéis escogido.

Al mismo tiempo, esta moral que ya interiormente os habréis formado, os obligará a responder al estilo de la Falange en todos y en cada uno de los minutos de vuestra existencia. De esta manera, vuestro ser falangista os dará soluciones para todas las circunstancias en que os encontréis y seréis falangistas permanentes, lo mismo por la mañana que por la noche, con uniforme o sin él, en acto de servicio o en vuestra vida particular.

No podréis ya, aunque queráis, dejar de ser falangistas, como no podemos, según decía JOSE ANTONIO, «hacer el milagro de andar hacia atrás y volver a la infancia».

Claro que este modo de ser no sería completo si nos contentáramos con que lo consiguiérais, como si dijéramos en sólo una parte de vuestra vida. Para alcanzarlo del todo hace falta que lo envuelva un sentido también completo profundamente católico. Porque nosotros no podemos concebir a las camaradas partidas en dos mitades: falangistas por un lado y católicas por otro, sino que entendemos estas dos cosas en una sola pieza, como en un solo ser están reunidos el cuerpo y el alma del hombre, y como en vuestra misma persona se unen vuestra condición de católicas y de españolas.

Para llegar a esta perfección católica pondremos a vuestro alcance todos los medios que os sirvan para instruiros de una manera total. Porque no lleva una vida verdaderamente cristiana la que le dedica a Dios un rato por la mañana y en los demás actos de su vida se olvida de que son también servicio de Dios, sino aquella que a todo lo que hace le infunde un espíritu religioso. Y es porque la primera entiende la religión como algo postizo que se quita y se pone según las circunstancias, y en cambio la segunda la entiende como algo consubstancial con su propio ser que tiene que infundir todos los actos de la vida.

Si así conseguimos hacer a las camaradas de la Sección Femenina, le evitaremos a España un peligro mucho más grande de lo que algunos sospechan, como es el de evitar en parte la desmoralización que llevan consigo todas las postguerras y que siquiera en las falangistas habremos evitado por el rigor de conducta que se les exige. Y es porque sabemos que sólo son grandes las naciones que conservan una pura moral y que individualmente sólo alcanza la salvación eterna quien sigue estos preceptos.

Una vez esto alcanzado, completo vuestro modo de ser católicas falangistas, invariablemente aparecerá en vosotras el estilo de la Falange, que se distingue siempre por ciertas calidades que lo acompañan y que son, entre otras, según dice Julián Pemartín, la veracidad, la alegría, la sobriedad y el orgullo.

Porque somos veraces nos repugna la mentira y el disimulo; entera hemos entendido la verdad de España y entera hemos de difundirla. No queremos el engaño ni la falta de honradez moral, aunque venga en nuestro beneficio.

Así que si para evitar componendas que nos enturbiáisen la verdad tenemos que ser impertinentes, seámoslo alguna vez. Porque «¿quién ha dicho—decía JOSE ANTONIO—al hablar de todo menos de la violencia, que la suprema Jerarquía de los valores morales reside en la amabilidad?»

Y tened en cuenta que si os aconsejamos esta sana impertinencia es porque sabemos que con las transigencias y con el pasar por ciertas cosas, se nos va quedando ya la Falange tan desfigurada que pronto no la conoceríamos.

Esto os lo digo porque se nota que algunos han perdido su primitivo rigor y se han ablandado al contacto con tanto acomodaticio como se ha metido en la Falange. Pero aunque vayan vestidos de uniforme y usen nuestras mismas palabras, son tan distintos a nosotros que sólo con mirarlos a la cara los conoceréis. En ellos también aparecen ciertas calidades inconfundibles, que ya anunció JOSE ANTONIO cuando nos dijo: «Todo eso hace que a la Falange le suene la palabrera de sus pretendientes como un lenguaje extraño y sospechoso.» Lo que entre nosotros se comunica en media palabra, queda oscurecido en torrente de vocablos ajenos. Ese estilo de los recién llegados se denuncia a la legua, por lo mismo que cuidar el estilo fué nuestra permanente preocupación.»

Ahora oímos todos los días: «El Ejército», «antimarxismo», «Estado totalitario», «me declaro fascista» y centenares de cosas más.

Pero todo como en un torbellino, como en una algarabía, sin que pueda saberse a qué ley matemática y a qué ley de amor obedece. Más parece eso la invitación a un baile de disfraces que la invitación para embarcarse en una empresa religiosa y militar de hacer historia.

Y ahora, yéndonos más a lo menudo, nos interesa también que seáis absolutamente veraces en todas vuestras manifestaciones, porque no es buena Jefe ni tiene conciencia de su deber falangista la que, para evitar una reprensión o para salvar su amor propio, oculta

